

ACERCA DE LA HISTORIA DE LA JOVENTUT COMUNISTA DE CATALUNYA

Notas críticas sobre “una” historia de la JCC, de Xavier Domènech¹

*Alberto Herbera**

Hace dos años se publicó el libro “Temps d’interseccions”, que lleva por subtítulo “La Joventut Comunista de Catalunya (1970-1980)”. El autor es el historiador Xavier Domènech, especialista en historia del movimiento obrero en el tardofranquismo, y el libro está prologado por Jordi Serrano, que en ese momento era director de la Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia, que edita el libro, y dirigente de la Joventut Comunista de Catalunya (JCC) en los años setenta. El Epílogo lo firma Domènec Martínez, quien fue Secretario General de la JCC entre 1970 y 1976.

El libro constituye un interesante aporte a la historia de la JCC², por cuanto apenas existen investigaciones y textos publicados.³ El archivo de la JCC, además, está fragmentado y resulta difícil la localización de datos y fuentes primarias. Para su investigación, el autor ha contado con algunos archivos particulares (se nota especialmente la utilización del archivo de Jordi Serrano, por la abundancia de referencias y reproducción de folletos y documentos de la JCC de Sabadell), entrevistas a algunos antiguos dirigentes de la JCC (sobre todo a Domènec Martínez) y el material referido a la JCC que forma parte de diferentes archivos, especialmente el Archivo del PCE. Increíblemente, el Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), donde se guardan los archivos del PSUC y parte del archivo de la JCC, ha impedido su utilización a Xavier Domènech, pretextando que debe preservarse la privacidad de las personas y que la militancia política es un acto privado. El ANC, al que los dirigentes eurocomunistas entregaron el archivo del PSUC antes de liquidar el Partido, se pone a la altura de los archivos militares, que, entre otras muchas trabas, no pueden ser utilizados libremente hasta después de transcurridos 50 años de la fecha del documento a consultar o 25 años de la muerte de la persona investigada.

A las dificultades objetivas para una investigación científica, se suma la subjetividad propia del grupo de ex-militantes (en su práctica totalidad ex-dirigentes) que, desde el proyecto autodenominado “Memoria militante: una historia de la JCC”, han impulsado este trabajo y que ya promovieron en 2005 el acto conmemorativo del 35 aniversario de la constitución orgánica de la JCC, un acto en el que faltaron las voces críticas que se expresaron en diferentes períodos de la historia de la JCC. En el libro objeto de esta reseña también están ausentes o han sido ocultadas esas voces, de modo que el proceso de crisis ideológica, política y orgánica de la JCC, que en poco más de tres años la llevó de ser la principal organización juvenil catalana a su práctica desaparición, no es atribuido en ningún caso a políticas equivocadas o a errores cometidos por los órganos de dirección. Xavier Domènech elabora una sugerente hipótesis interpretativa, de la que hablaré más adelante y que ya adelanto que no comparto en su totalidad, según la cual la JCC fue víctima de la “bifurcación” entre sociedad y política que acaeció en Catalunya

en la “encrucijada”⁴ histórica que supuso el inicio de la transición. De todos modos, la aceptación de esta hipótesis no debiera ser incompatible con el reconocimiento de la influencia nociva, en su caso, de las políticas desplegadas por la dirección en el desmoronamiento de la JCC a partir de 1977. Ello hubiera sido posible con dos condiciones: a) una voluntad autocrítica por parte de los antiguos dirigentes, de entre los cuales se nutre el grupo promotor de esta obra; b) la toma en consideración de las opiniones –confrontadas con el análisis de las evidencias empíricas a la luz de las mismas– de antiguos militantes y dirigentes que ya entonces, en tiempo real, expresaron sus desacuerdos con las políticas desplegadas por los órganos de dirección. Según parece, Xavier Domènech no ha podido contar con ninguna de las dos cosas.

En la Introducción, el autor dice, acertadamente, que el libro no es *la* historia de la JCC, sino *una* historia de la JCC. También señala que no es un libro de *memoria*. No me sorprende esta matización de Xavier Domènech, a la luz del primer párrafo del Prólogo firmado por Jordi Serrano, el principal promotor del proyecto de “Memoria militante” que ha producido el libro de Domènech. Dice Serrano, refiriéndose a la transición: “Los jóvenes fueron los protagonistas del cambio y fueron los primeros en desaparecer. Un misterio. Yo estaba y todavía no acabo de entender lo que pasó. Tal vez nunca hemos dejado la política; tal vez la política nos dejó a nosotros. Son enigmas que este libro pretende resolver”.⁵ A pesar de esta elocuente manifestación de desmemoria, que tal vez exprese una honda confusión, Domènech reconoce en la memoria un ingrediente para reconstruir los acontecimientos históricos. No todos los protagonistas vivos de los acontecimientos pasados padecen amnesia. Ciertamente faltan más y más variadas memorias, más archivos personales y el acceso a fuentes hoy inaccesibles para elaborar nuevas interpretaciones que algún día hagan posible la elaboración de *la* historia de la JCC.

El libro contiene un CD con archivos gráficos y documentos. Además de una amplia gama de fotografías y reproducciones facsímiles de portadas de publicaciones y otros materiales de propaganda, se incluyen los materiales escaneados de los principales eventos de la JCC, como el documento “fundacional” de constitución de la JCC como organización integral e independiente en mayo de 1970, y la mayor parte de documentos de Conferencias y Congresos. Se reproducen también documentos muy interesantes de grupos de la JC de los años 60, y la espeluznante entrevista de Juan Antonio Bardem a los jóvenes comunistas detenidos y torturados en Madrid en abril de 1976. Desgraciadamente, los problemas de acceso al Arxiu Nacional de Catalunya han impedido disponer de las actas de los Congresos, con las diferentes intervenciones y votaciones, así como de las actas de las reuniones de los Comités Ejecutivo y Nacional de la JCC. El libro, además de reproducir en sus páginas centrales algunos de los archivos gráficos del CD, incluye la lista de integrantes de los órganos de dirección elegidos en las diferentes Conferencias Nacionales y Congresos.

“Temps d’interseccions” sigue un esquema cronológico. Aunque el subtítulo acota el período estudiado (1970-1980), la investigación arranca desde la creación de los primeros grupos de JC en la primera mitad de los años 60, al calor del ascenso de la

lucha del movimiento obrero a partir de 1962 y del reflejo en los centros de enseñanza secundaria de la lucha estudiantil universitaria. Xavier Domènech, a lo largo de cuatro capítulos, establece otras tantas etapas en el desarrollo de la JC/JCC:

- a) *Desde la primera mitad de los 60 hasta mayo de 1970.* En esta etapa la extensión de la JC se realiza fundamentalmente mediante el desarrollo de las Comisiones Obreras Juveniles (COJ), que se organizan de forma autónoma respecto a CC.OO. y no sólo en empresas, sino también en el territorio. Domènech documenta el ascenso, crisis y declive de las COJ en torno al cambio de década, a raíz de los enfrentamientos entre los diferentes grupos que se mueven en las COJ, y que es un reflejo de la crisis que también se produce en estos años en CC.OO., especialmente en Barcelona. Al mismo tiempo, la JC promueve las Comisiones de Estudiantes de Bachillerato (CEB) y trabaja en la construcción del movimiento juvenil en los barrios del área metropolitana. En 1969 aparece el Manifiesto de la Juventud de Cornellà, donde por vez primera la confluencia de entidades juveniles promueve un programa reivindicativo integral. Cada vez más, el movimiento juvenil en construcción identifica en el régimen dictatorial el origen de los problemas juveniles y los límites para su solución. La juventud será en adelante un componente con perfil propio de la lucha antifranquista.
- b) *Desde mayo de 1970 hasta la muerte de Franco, en noviembre de 1975.* El 30 de mayo de 1970 una veintena de jóvenes, que representan a cerca de 500 militantes de una treintena de localidades del área metropolitana de Barcelona, se reúnen en Barberà del Vallès bajo la dirección de Josep Serradell “Romàn”, el mítico e imprescindible responsable de organización del PSUC, y constituyen formalmente la JCC. Aprueban un Informe organizativo, el Manifiesto fundacional, y eligen el primer Comité Nacional, un Comité Ejecutivo provisional y al Secretario General, que será Domènec Martínez. Comienza un ascenso fulgurante de la lucha antifranquista y también de la JCC. El campo de acción prioritario pasará a ser el movimiento estudiantil, a raíz de las movilizaciones contra la Ley Villar-Palasi que impone la selectividad. En 1972 la JCC alcanza el millar de militantes y sus organizaciones se extienden a la segunda corona metropolitana y más allá de la provincia de Barcelona. Sin embargo, la fuerte represión que sufre a partir de ahora la JCC detendrá su crecimiento hasta la muerte de Franco, pero no su actividad.
- c) *Desde noviembre de 1975 hasta noviembre de 1977, fecha de celebración del I Congreso de la JCC.* Este período consta de dos etapas diferenciadas: la de ascenso impetuoso de las movilizaciones obreras y populares, hasta julio de 1976, y la etapa inaugurada por el acceso de Adolfo Suárez a la presidencia del Gobierno, en que pasarán a primer plano las negociaciones para obtener un espacio en el escenario electoral que se avecina. En la primera etapa, la JCC vuelve a crecer espectacularmente, superando a fines del verano los 2000 militantes y extendiendo su presencia a 60 localidades. En marzo, fruto del trabajo unitario de la JCC y de la participación de muchos de sus militantes en

entidades juveniles de todo tipo, se constituye la Taula de Joves, que en verano convoca el Congrés de la Joventut en el marco del Congrés de Cultura Catalana. Al Congrés de la Joventut, que se celebrará de forma elástica entre 1976 y 1977, se adhieren más de 300 entidades juveniles y los puestos de su Secretariado técnico están ocupados en un 60% por militantes de la JCC. Cuando se celebra la II Conferencia Nacional de la JCC, en octubre de 1976, ya es perceptible un estancamiento de la actividad y de la militancia de la JCC. En esta Conferencia se deciden los cambios organizativos para conquistar la legalidad y actuar en ella, en medio de tensiones internas crecientes en el seno del movimiento juvenil. Josep María Riera es elegido nuevo Secretario General. La actividad externa se centra en la elaboración de la Carta de la Joventut por parte del Congrés de la Joventut, con dos reivindicaciones centrales: la campaña por el voto a los 18 años y la devolución del patrimonio juvenil en manos de la OJE, la organización juvenil oficial del régimen franquista. Con la legalización del PCE y del PSUC (9 de abril y 2 de mayo de 1977, respectivamente), la JCC se vuelca en la campaña electoral y logra la elección de Riera como diputado. Una moción parlamentaria de Riera logrará conquistar poco después el voto a los 18 años. Al llegar el I Congreso de la JCC, en noviembre, la JCC alcanza su techo organizativo: 2629 militantes presentes en 135 localidades.

- d) *Desde noviembre de 1977 hasta junio de 1980, fecha de celebración del II Congreso de la JCC.* Esta es la etapa del desmoronamiento político, ideológico y organizativo de la JCC. La actividad de la JCC quedará cada vez más restringida al trabajo institucional, en busca de la fórmula que permita desplegar el Consell Nacional de la Joventut propuesto por la Carta de la Joventut y pactar su encaje en el entramado institucional de la Generalitat recién recuperada. El resultado de una transición pilotada por los reformistas procedentes del franquismo y su combinación con el momento álgido de la crisis económica de los años 70, extienden entre la juventud el “desencanto”, que produce efectos letales en la JCC. Se pasa de 2629 militantes en noviembre de 1977 a 785 en los primeros meses de 1979, y a 591 en mayo de 1980, cuando se inicia el II Congreso.

El trabajo de Xavier Domènech es muy valioso porque, por vez primera, reconstruye históricamente el proceso de surgimiento y desarrollo de la JCC teniendo en cuenta su aporte a la construcción del movimiento juvenil y a la conexión de éste con la lucha antifranquista de los movimientos sociales. Sin embargo, me parecen poco consistentes las explicaciones que ofrece para entender la etapa de desmoronamiento final de la JCC. Metodológicamente, Domènech “encaja” las etapas de desarrollo de la JCC en las propuestas interpretativas que el autor ha desarrollado en otros trabajos, según las cuales la lucha antifranquista atraviesa determinadas “encrucijadas” históricas, entendidas como momentos clave que dan paso a transformaciones similares a las que otros modelos interpretativos llamarían cambios cualitativos.⁶ Los primeros grupos de JC surgen a partir de la primera gran “encrucijada” de la lucha antifranquista, que arranca en 1962 con las grandes huelgas de la minería asturiana, huelgas que abren un ciclo

ascendente de luchas protagonizadas por el movimiento obrero hasta la represión desencadenada en 1967 por el régimen franquista. La segunda etapa de crecimiento de la JCC, a partir de 1970, coincidiría con la segunda gran “encrucijada”, que arranca del levantamiento del Estado de Excepción en marzo de 1969 y supone la extensión imparable de las luchas obreras y la consolidación de una red de movimientos sociales que actúan a la luz del día e incorporan a la lucha antifranquista a franjas cada vez mayores de la sociedad española, movimientos que, a su vez, nutren permanentemente de dirigentes sociales y políticos a las organizaciones clandestinas. La tercera etapa de crecimiento de la JCC tiene lugar en una nueva “encrucijada”: el período que va desde la muerte de Franco hasta el segundo semestre de 1976, caracterizado por el ascenso impetuoso de las luchas obreras y populares a favor de la amnistía y de la ruptura democrática con la monarquía franquista y el gobierno presidido por Arias Navarro. La última etapa de la JCC, la de su estancamiento y posterior desmoronamiento, la hace coincidir Domènech con una nueva “encrucijada”: la “bifurcación” entre sociedad y política, entre movimientos sociales y dinámicas institucionales. Esta bifurcación, a diferencia de las encrucijadas anteriores, no era propia de la historia de nuestro país sino que era “mundial”.⁷ Vendría a ser el resultado de la hegemonía del neoliberalismo impuesto a inicios de los años 70 tras la crisis del modelo de acumulación surgido de la Segunda Guerra Mundial, y se caracterizaría por la “autonomización” de lo político e institucional con respecto a los movimientos sociales, así como por la crisis del modelo “fordista”: pérdida de centralidad de la fábrica clásica, segmentación generacional de la clase obrera, desaparición de los mecanismos tradicionales de transmisión de saberes prácticos y políticos, etc.⁸

Esta interpretación conecta con otras que consideran que las crisis política, social e ideológica vividas en España desde mediados de los 70 fueron manifestaciones que se inscriben en un proceso irreversible de “deconstrucción” de la clase obrera en los países capitalistas desarrollados. Sin negar los profundos cambios que trae consigo la crisis de acumulación de fines de los 60 y el intenso impacto económico, político y cultural que produce la hegemonía ideológica y política del neoliberalismo, creo que tales explicaciones, que parecen arrinconar el carácter recurrente de las crisis capitalistas, olvidar que la influencia de los cambios tecnológicos en la producción no es nueva y el hecho de que la “precarización” y segmentación obrera no dejan de ser formas de proletarización y depauperización (aparte de la traslación evidente de la clase obrera, que sigue aumentando, a la periferia) son en exceso deterministas y, para el caso que nos ocupa, eluden un análisis riguroso de las decisiones políticas de los grupos presentes y de las actitudes de las clases en un momento dado del desarrollo histórico. En el debate historiográfico sobre la causalidad en la historia, me resultan más sugerentes otras propuestas que defienden –también desde el materialismo histórico– otra interpretación sobre la existencia de “encrucijadas históricas”. El camino tomado por los acontecimientos no sería *necesariamente* el único posible. Otros caminos serían *posibles*, aunque, huyendo de reconstrucciones contrafactuales, no podemos determinar con exactitud sus posibilidades de “éxito”, de permanencia, justamente porque no acaecieron. Los acontecimientos serían el resultado de determinadas condiciones de

posibilidad y del aprovechamiento por parte de unas u otras clases de la estructura de oportunidades que el desarrollo histórico y su propia actividad pone ante ellas. Cualquier interpretación histórica debe tomar en consideración la dialéctica de lo objetivo y lo subjetivo y, naturalmente, la dinámica de la lucha de clases.

La interpretación de Domènech queda bien clara en el siguiente párrafo, que se refiere al período en que la JCC dirige de hecho la construcción del movimiento juvenil, en 1976: “De hecho, la voluntad y la realidad de la JCC la hacía ser la principal organización política juvenil que se mantenía entre los dos mundos de la militancia social y la militancia política del movimiento. Ésta era su principal virtud, y aquí residía la clave de su éxito como organización, y también lo que acabará destruyéndola por dentro a medida que se clausure el proceso de cambio político (...), cuando ser el nexo entre una realidad y la otra significaba encontrarse entre dos mundos que, pese a la voluntad de la organización comunista, se estaban bifurcando.”⁹

Plantear así las cosas equivale a considerar inútiles, por condenadas al fracaso de antemano, cualesquiera críticas que en su momento se produjeran a la política desplegada por la dirección de la JCC. Y, de paso, esta interpretación salva de toda responsabilidad al equipo dirigente de la JCC en la debacle, ya que ésta estaba inevitablemente escrita en el devenir. Sin embargo, las críticas a la política de la dirección tuvieron lugar, como no podía ser de otro modo en una organización que en sólo dos años y medio, entre el I y el II Congresos, perdió cerca del 78% de su militancia. Críticas que ya se expresaron en el I Congreso en noviembre de 1977 y que fueron mucho más duras en el proceso que desembocó en el II Congreso en mayo-junio de 1980.¹⁰ Estas críticas cuestionaban la política desplegada por los comunistas en la transición, y especialmente la priorización absoluta de los aspectos institucionales y electorales de la lucha política, subordinando a ellos el resto de la actividad, lo que se tradujo en el languidecimiento de la presencia de la JCC en los movimientos sociales y, dada la hegemonía que la JCC tenía en ellos, en el agravamiento de la crisis de los mismos. Las críticas también cuestionaron el burocratismo y la “huída hacia adelante” que significaban las propuestas organizativas, la última de las cuales (el “movimiento de jóvenes entre los jóvenes”) suponía la liquidación organizativa de la JCC. Efectivamente, tras la salida de los críticos de la JCC en 1981, esta organización inició el camino inexorable hacia su desaparición, que se produjo mucho antes que la del PSUC.

Podrían escribirse muchas páginas sobre la relación entre sociedad y política, los ámbitos que se “bifurcan” inexorablemente en los años 70 según la interpretación de Domènech. El materialismo histórico registra amplios debates sobre el nivel de supeditación o de autonomía de la superestructura política respecto a los procesos que configuran las condiciones materiales de existencia de una sociedad dada, pero nadie niega la existencia de una interrelación dialéctica entre ambas esferas de la realidad social. La aparente autonomización y absolutización de la política en la España de la segunda mitad de los 70 fue, en realidad, el triunfo de un proyecto político, el que aseguraba la preservación de los intereses de la oligarquía capitalista española, que

exigía, para su implantación, la destrucción del tejido social que se había construido en la lucha antifranquista. Y a ello se dedicó “la política”, con la ayuda inestimable de quienes habían construido y dirigido esos movimientos.

El “desencanto”, y el “pasotismo” entre los jóvenes, era el producto del fuerte contraste entre las esperanzas y la realidad, pero en esta realidad los comunistas tenían parte de responsabilidad. El PCE y el PSUC ya habían dado prioridad a las prácticas institucionales antes de la transición, cuando la Junta Democrática buscaba un “Spínola español” (algo que no encajaba con la “democracia económica y social”, visto el papel reaccionario que estaba jugando, a esas alturas, el militar portugués) y aún antes de asumir abiertamente el eurocomunismo (1975, declaración de Livorno), y en 1976 renunciaron a la estrategia comunista para la ruptura democrática (Huelga General obrera como desencadenante de la Huelga Nacional política para imponer un gobierno provisional que abriese un período constituyente tras el cual fuera posible construir una República democrática social y económicamente avanzada). Domènech asume íntegramente el viejo discurso eurocomunista, con el que Carrillo siempre construyó y sigue construyendo su “defensa”, sobre la unidad sin fisuras del Ejército y el “empate político” a mediados de 1976, cuando Suárez ocupa la presidencia del Gobierno.¹¹ Sin embargo, cabe preguntarse por la responsabilidad de las vanguardias políticas antifranquistas que, en la búsqueda de su propio espacio político, frenaron las luchas ascendentes de las clases populares en el mismo momento en que la “mayoría pasiva” era desbordada por los partidarios de un profundo cambio político, social y económico y el continuismo del primer Gobierno de la Monarquía se hallaba contra las cuerdas.

Muchos comunistas creímos entonces y seguimos creyendo hoy que la apuesta por negociar la legalización y la presencia en las elecciones a toda costa se hizo sacrificando el tejido social construido con las luchas populares, al precio de construir una democracia “vigilada” de muy baja calidad e ignominiosamente injusta con quienes lucharon abnegadamente por ella. Hoy podemos verlo con claridad y dramatismo. Lo cierto es que la dirección eurocomunista renunció a su programa y entró a negociar la reforma, dejando tomar la iniciativa a los herederos del régimen franquista, quienes, de acuerdo con los intereses estratégicos del imperialismo norteamericano y la socialdemocracia, impusieron su agenda política.¹²

Suele señalarse, y también lo hace Domènech, que la profunda crisis económica condicionó el proceso de transición. Es cierto, pero el espectacular giro político del PCE y el PSUC en el verano de 1976 es anterior a la percepción generalizada de la crisis y al impacto más grave de sus repercusiones, que tendrá lugar a partir de 1977 y que servirá de justificación al PCE para firmar (y a CC.OO. para secundar) los Pactos de la Moncloa, momento que marca el desarme estratégico del movimiento obrero en la transición. Es muy elocuente el Informe del Comité Ejecutivo del PSUC del 21 de julio de 1976, una parte del cuál reproduce Domènech¹³, que pocos días después de la toma de posesión de Suárez ya proclama el abandono de la ruptura democrática y estrena la expresión que servirá de coartada de los eurocomunistas a lo largo de la transición: la “ruptura pactada”, que esconde el hecho de que lo que se pactó fue la reforma de

Suárez, como reconoce abiertamente la dirección del PSUC poco después: “La batalla política (...) se libra (...) en el terreno de las elecciones de la reforma (...) Hoy ser electoralistas quiere decir ser movilizador. El punto más importante de la movilización es el de las elecciones(...) La movilización fundamental es la campaña electoral. Todo ha de estar supeditado a la campaña electoral.”¹⁴

Se abrió el camino de las renunciaciones (Monarquía, Pactos de la Moncloa, Constitución). Santiago Carrillo lo expresó con claridad cuando, después del resultado electoral de junio de 1977, propuso abandonar el leninismo: no podemos esperar 30 años para alcanzar el 30% de votos que tiene el PC en Italia. Algunos no esperaron demasiado para decidir que se habían equivocado de opción política para hacer carrera, y en pocos años se afiliaron al PSOE para desempeñar a continuación los cargos que el PCE no les podía dar. Claro que había mucha competencia y no había cargos para todos. En la JCC sólo algunos lo lograron. Eso sí, los más significados. Aunque Jordi Serrano se sorprenda de que “la generación que era joven entre 1973 y 1979 (...) no ha aprovechado su curriculum para acceder a cuotas de poder”¹⁵, olvida deliberadamente que los que fueron secretarios generales de la JCC y de la UJCE, Josep Maria Riera y Josep Palau, acabaron en la órbita del PSOE (el primero, como Director General de Juventud).

La “bifurcación” de Domènech, entendida como un proceso inexorable e independiente de la voluntad de dirigentes y organizaciones, y además con una dimensión internacional, puede y debe matizarse echando un vistazo a lo que ocurrió en los países de nuestro entorno. Los únicos Partidos Comunistas que hoy en día siguen teniendo alguna relevancia política y social en Europa Occidental son los que, aún sin alcanzar cotas de poder institucional relevantes (o siendo desalojados de ellas por dinámicas contrarrevolucionarias), mantuvieron su presencia entre los movimientos populares sin sacrificarlos a las estrategias institucionales y sin ceder en los principios. Me refiero, claro está, a los Partidos Comunistas de Grecia y Portugal. El activo que representan estos partidos y su trayectoria están siendo y van a ser de una utilidad preciosa en las luchas populares para hacer frente a la crisis capitalista actual. Precisamente el hecho de que estos partidos y sus organizaciones juveniles (KNE y JCP), que existían en entornos similares a los de España y Catalunya (salían por la misma época de largas dictaduras militares de tipo fascista y pertenecían a un mismo entorno geopolítico, con niveles de desarrollo económico y estructuras sociales similares) sobrevivieran como organizaciones robustas a sus respectivas transiciones, manteniendo una presencia organizada, a menudo hegemónica, en los movimientos sociales, desmiente rotundamente el aserto determinista de Domènech y señala la responsabilidad de las políticas equivocadas en la debacle de la JCC. No es ocioso recordar que, a partir de 1976, la dirección de la JCC constituirá la parte más radical de la corriente eurocomunista.

La obra de Domènech termina cronológicamente en 1980, año de celebración del II Congreso. He de suponer que quienes le encargaron el trabajo no se molestaron en proporcionarle material para estudiar el proceso que condujo, en sólo un año, a la

ruptura de la JCC. En julio de 1981, la dirección de la JCC disolvió los órganos de la JCC de Barcelona, la organización más numerosa y la única que funcionaba. Tratando de sepultar las voces críticas que denunciaban el papel de los comunistas en la transición y la responsabilidad en la debacle de la cada vez más burocratizada dirección nacional, el grupo encabezado por Eduard Jiménez (coordinador general de la JCC desde el II Congreso) eliminaba el último obstáculo que se interponía en el proceso de liquidación de la JCC.¹⁶

Al analizar las “encrucijadas” de la JCC que propone Domènech, no puedo dejar de recordar a Josep Miquel Céspedes, en quien podría sintetizarse la memoria y la praxis de quienes se enfrentaron a las políticas que destruyeron a la JCC. Si la transición política en España puede ser considerada una “encrucijada histórica”, ellos expresarían los “otros caminos posibles”. Muchos de nosotros sí creímos en ese otro camino. Y, de hecho, con muchas dificultades y después de muchos desgarros, transitamos por él. JM Céspedes estuvo al frente de una experiencia que, a partir de una crítica radical a la política practicada en la transición, demostró en la práctica la posibilidad de reconstruir la Juventud Comunista y el movimiento juvenil en condiciones muy adversas. Ocurrió en los años 80, en Catalunya y en España, mientras la JCC languidecía y finalmente moría sin pena ni gloria. Porque la muerte de la JCC no significó la muerte de la Juventud Comunista. Hubo Juventud Comunista antes de 1970 y la siguió habiendo a partir de 1982.¹⁷

Molins de Rei, 6 de julio de 2010

PIE DE PÁGINA Y NOTAS

PIE DE PÁGINA (primera página)

**Alberto Herbera es trabajador de SEAT y licenciado en Geografía e Historia. Militó en la JCC entre 1979 y 1981.*

NOTAS

¹DOMÈNECH, X. *Temps d'interseccions. La Joventut Comunista de Catalunya (1970-1980)*. Fundació Francesc Ferrer i Guàrdia. Barcelona, 2008.

²Tal como hace Xavier Domènech en su obra, utilizaré las siglas JCC para referirme al período posterior a mayo de 1970, fecha de constitución de la Joventut Comunista de Catalunya como organización independiente de ámbito nacional catalán y en la que fueron constituídos por vez primera sus órganos de dirección. Para antes de esa fecha, utilizaré las siglas JC, tal como eran utilizadas antes de mayo de 1970 por los jóvenes comunistas y por el PSUC.

³Hasta ahora no existía ningún libro monográfico sobre la JCC. Hay referencias en obras de conjunto y algún artículo de revista sobre historia local de la JCC: SEGURA, A.; MAYAYO, A.; ARACIL, R. *Memòria de la transició a Espanya i Catalunya. IV. Els joves de la transició*. Publicacions UB. Barcelona, 2003; VV.AA. *Jotaeme. La Joventut del Comunisme*. Fundació Pere Ardiaca. Barcelona, 2006; UCELAY, E. (dir). *La Joventut a Catalunya al segle XX. Materials per a una historia*. Vol. II. Diputació de Barcelona. Barcelona, 1987; REGUANT, F; CASTILLEJO, G. *Juventud y democracia*. Avance. Barcelona, 1976; SERRANO, J. “Petita historia dels joves de l’oposició sabadellenca. La Joventut Comunista de Catalunya, 1970-1980 (I i II). *Arraona*, núm. 26, 2002 i núm. 27, 2003.

⁴En adelante traduciré la palabra catalana “*intersecció*” por “*encrucijada*”, que es el concepto utilizado por la historiografía en lengua castellana.

⁵DOMÈNECH, X. *Op. cit.* Pág. 9.

⁶Los planteamientos metodológicos y las propuestas interpretativas del autor pueden seguirse en: DOMÈNECH, X. *Quan el carrer va deixar de ser seu*. Publicacions de l’Abadia de Montserrat. Barcelona, 2002; DOMÈNECH, X. “El cambio político (1962-1976). Materiales para una perspectiva desde abajo”. *Historia del Presente*, núm 1, 2002; DOMÈNECH, X. “El cambio político desde abajo (1962-1976). Una perspectiva teórica y metodológica”. *Mientras tanto*, núm. 90, 2004.

⁷DOMÈNECH, X. *Op. cit.* Pág. 201.

⁸*Ibidem.* Pág. 166-167.

⁹*Ibidem.* Pág. 133.

¹⁰Un análisis detallado de las discusiones alrededor del II Congreso y del estallido final de la JCC puede seguirse en: HERBERA, A. “J.M. Céspedes y la Joventut Comunista de Catalunya (1976-1982)” en VV.AA. *Jotaeme. La Joventut del Comunisme*. Fundació Pere Ardiaca. Barcelona, 2006.

¹¹DOMÈNECH, X. *Op. cit.* Pág. 137.

¹²El papel jugado por EE.UU. y la socialdemocracia internacional en la transición, puede seguirse en: GARCÉS, J.E. *Soberanos e Intervenidos*. Siglo XXI. Madrid, 2008. Ver también: GRIMALDOS, A. *La CIA en España*. Random House Mondadori-Debate. Barcelona, 2006.

¹³DOMÈNECH, X. *Op. cit.* Pág. 138.

¹⁴*Ibidem.* Pág. 148.

¹⁵*Ibidem*. Pág. 31.

¹⁶HERBERA, A. "JM Céspedes y la Joventut Comunista de Catalunya (1976-1982)" en VV.AA. *Op. cit.* Págs. 56-72.

¹⁷El 5 de diciembre de 1982 se celebró, convocada por el PCC, una Asamblea de jóvenes comunistas que dio paso a la creación de los *Col·lectius de Joves Comunistes* (CJC), cuyo primer Secretario General fue JM Céspedes. En 1985, JM Céspedes fue convocado por la dirección del Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) para dirigir la reconstrucción de la JC a nivel estatal. En diciembre de 1986, el I Congreso de los CJC de España elegía a JM Céspedes como su primer Secretario General.